

Enzo Traverso es profesor de Ciencia Política en la Universidad Jules Verne de Picardía. Especialista en historia intelectual contemporánea, ha dedicado particular atención a la historia de los intelectuales y a las vicisitudes del concepto de totalitarismo. Es autor entre otras obras, de Siegfried Kracauer (Edicions Alfons el Magnànim-IVEI, Valencia, 1998), La historia desgarrada (Herder, Barcelona, 2001) y La violencia nazi. Una genealogía europea (FCE, 2003).

① Entre las últimas obras importantes consagradas a este tema, cfr: Valérie Igounet, 2000. *Histoire du révisionnisme en France*, Seuil, París; Florent Brayard, 1996. *Comment l'idée vint à M. Rassinier*, Fayard, París, y Nadine Fresco, 1999. *Fabrication d'un antisémitisme*, Seuil, París.

② Pierre Vidal-Naquet, 1987. *Los asesinos de la memoria*, Siglo XXI, México, 1994.

③ François Bédarida, 1993. *Comment est-il possible que le «Révisionnisme» existe?*, Presses de la Comédie de Reims, Reims.

④ Pierre Vidal-Naquet, 1985. «Tesis sobre el revisionismo» en *Los asesinos de la memoria*, op. cit., pág. 106. [NdT] «Sentido absoluto» es la expresión utilizada en la traducción española de Siglo XXI. Traverso, en francés, utiliza la expresión «acception restrictive» para referirse a la elección de Vidal-Naquet, lo que podría traducirse, entonces, como «sentido restringido», en vez de absoluto como figura en la versión española.

## Revisión y revisionismo

Enzo Traverso

Revisionismo es una palabra camaleón que, en el curso del siglo XX, ha adquirido los significados más diferentes y contradictorios prestándose a usos múltiples y suscitando, a veces, malentendidos. Desde hace una veintena de años, las cosas se fueron complicando a causa de su apropiación por la secta internacional que niega la existencia de las cámaras de gas y, más en general, el genocidio de los judíos de Europa ①. Los negacionistas intentaron presentarse como los portavoces de una escuela histórica «revisionista» opuesta a otra escuela que califican como «exterminacionista» y que incluye, desde luego, al conjunto de los estudios históricos dignos de este nombre, confundiendo todas las corrientes consagradas al judeicidio. Con la finalidad de defender sus tesis, los negacionistas iniciaron, en 1987, la publicación de una revista titulada *Annales d'histoire révisionniste* devenida inmediatamente *Revue d'histoire révisionniste*. Es inútil agregar que este movimiento —cuyas verdaderas intenciones desveló perfectamente Pierre Vidal-Naquet al rebautizarlo como «los asesinos de la memoria» ②— jamás alcanzó su objetivo ya que no ha logrado obtener el más mínimo reconocimiento en el seno de la historiografía ni derecho de ciudadanía alguno en el debate público. Por el contrario, un hecho que ha sido subrayado a menudo es que su aparición tuvo el efecto de estimular la búsqueda que, en el curso de estas últimas décadas, ha dado lugar a un conocimiento mucho más preciso y detallado de los medios y de las modalidades del proceso de exterminio de los judíos.

No obstante, los negacionistas lograron contaminar el lenguaje y crear, así, una confusión considerable en torno al concepto de revisionismo. François Bédarida no dejaba de recordarlo, hace una decena de años, cuando afirmaba que a través de la apropiación de este término, los negadores del judeicidio habían llevado a cabo «una verdadera usurpación». Recuperaban un vocablo ya existente que traducía «una trayectoria más que honorable, una trayectoria a la vez legítima y necesaria, para darse una respetabilidad falaz y mentirosa» ③. Desde entonces, cuando se utiliza esta expresión, es indispensable precisar su significado, como lo hace por ejemplo, Pierre Vidal-Naquet quien no omite señalar, desde el comienzo de sus «Tesis sobre el revisionismo» (1985), su elección deliberada de utilizarlo «en el sentido absoluto» del término, con la finalidad de designar con la expresión «revisionismo» «la doctrina según la cual el genocidio practicado por la Alemania nazi contra los judíos y los gitanos no existió, sino que es producto del mito, de la fabulación y del fraude». Y continúa subrayando el sentido diferente que este término puede transmitir según los contextos, recordando, por último, que también puede exhibir cartas de nobleza. En Francia —escribe— «los primeros “revisionistas” modernos, fueron los partidarios de la “revisión” del proceso de Alfred Dreyfus (1894)» ④.

En sus líneas generales, la historia del revisionismo —excluido el negacionismo— podría ser reducida a tres momentos principales: una controversia marxista, un cisma interior del mundo comunista y, además, en un sentido más amplio, una serie de debates historiográficos posteriores a la Segunda Guerra Mundial. En primer lugar, tenemos, entonces, al revi-

sionismo clásico que introdujo este término en el vocabulario de la cultura política moderna. Se trata, evidentemente, del *Bernsteindebatte*, que estalló a fines del siglo XIX en el seno de la socialdemocracia alemana y que, inmediatamente, se extendió al conjunto del movimiento socialista internacional. El antiguo secretario de Engels, Eduard Bernstein, teorizaba la necesidad de «revisar» algunas concepciones de Marx como la concerniente a la polarización creciente entre las clases en la sociedad burguesa o la que postulaba la tendencia al hundimiento del capitalismo bajo el peso de sus crisis internas. De esta constatación, Bernstein extraía conclusiones políticas que apuntaban a armonizar la teoría de la socialdemocracia alemana con su práctica, la de un gran partido de masas que había abandonado la vía revolucionaria y se encaminaba hacia una política reformista ⑤. El «revisionismo» fue objeto de críticas vigorosas por parte de Kautsky, Rosa Luxemburg y Lenin pero nadie pensó jamás en expulsar a Bernstein del SPD y la querrela, a veces de un alto nivel teórico, permaneció siempre dentro de los límites de un debate de ideas. Fue seguida por otras «revisiones» –Rodolfo Mondolfo en Italia, Georges Sorel en Francia y Henri de Man en Bélgica– que conducirían a algunos de sus promotores del socialismo al fascismo ⑥. El término comenzaba, así, a expandirse más allá de los medios marxistas. En los años treinta, se calificaba de «revisionista» a Vladimir Jabotinsky, quien rechazaba la vía diplomática preconizada por los fundadores del sionismo político (Herzl, Nordau) y proyectaba la creación de un Estado judío en Palestina mediante el uso de la fuerza ⑦.

Ahora bien, la controversia socialista adquirirá una connotación dogmática, casi religiosa, después del nacimiento de la Unión Soviética y la transformación del marxismo en ideología de Estado, con sus dogmas y sus guardianes de la ortodoxia. La palabra «revisionismo» se volvió entonces un epíteto infamante, sinónimo de «traición». Fue ampliamente utilizado en el momento del cisma yugoslavo, en 1948 y, sobre todo, durante el conflicto chino-soviético, en los inicios de los años sesenta. A veces, se convertía en un adjetivo adherido a un sustantivo más contundente, como en la fórmula «hiena revisionista» con la que los ideólogos del Kominform gustaban definir al mariscal Tito.

Pero las polémicas en torno a Bernstein, Jabotinsky y Tito no concernían –o tal vez no directamente– a la escritura de la historia. Por el contrario, el tercer campo de aplicación de la noción de revisionismo afecta a la historiografía de posguerra. Varias perspectivas que pretendían renovar la interpretación de una época, de un acontecimiento, poniendo en cuestión el punto de vista dominante, fueron calificadas como «revisiones». Este término apuntaba, aquí, a subrayar su carácter innovador y no a deslegitimarlas, siendo que se trataba siempre de representantes reconocidos como miembros plenos de la comunidad de historiadores. Entre las «revisiones» más notables podríamos recordar, a comienzos de los años sesenta, la impulsada por Fritz Fischer, quien renovó el debate sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial (recordando, contra la tendencia entonces dominante en el seno de la historiografía alemana, los objetivos pangermanistas del estado mayor prusiano) ⑧. Luego, tenemos la versión de los politólogos norteamericanos quienes, a la manera de Gabriel Kolko, ponían en cuestión la tesis, entonces corriente, de los orígenes soviéticos de la guerra fría ⑨. Más recientemente, la perspectiva de un historiador como Gar Alperowicz quien mostró que la decisión norteamericana de lanzar bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1945, apuntaba mucho más a establecer la superioridad estratégica de los Estados Unidos frente a la URSS –haciendo sentir en la escena internacional su monopolio del arma nuclear– que a poner fin a la guerra salvaguardando, así, vidas huma-

⑤ Edouard Bernstein, 1974. *Les présupposés du socialisme*, Seuil, París.

⑥ Sobre la proyección europea de este debate, cfr. Bruno Bongiovanni, 1997. «Révisionisme e totalitarismo. Storie e significati», *Teoria politica*, XIII, n° 1, págs. 23-54. Una parte de las piezas de este debate fueron reunidas por Henri Weber en Kautsky, Luxemburg, Pannekoek, 1983. *Socialisme, la voie occidentale*, Presses Universitaires de France, París.

⑦ Walter Laqueur, 1973. *Histoire du sionisme*, Calmann-Lévy, París (cap. VII, «Par le fer et par le feu: Jabotinsky et le révisionisme»), págs. 371-420.

⑧ En relación a este tema, ver, especialmente, Edouard Husson, 2000. *Comprendre Hitler et la Shoah. Les historiens de la République Fédérale d'Allemagne et l'identité allemande depuis 1949*, Presses Universitaires de France, París. (cap. III, págs. 69-84).

⑨ Gabriel Kolko, 1968. *The Politics of War*, Random House, Nueva York.

nas, como pretendía el presidente Truman ⑩. En los EEUU, también son llamados «revisionistas» soviétólogos como Moshe Lewin, Arch Getty y Sheila Fitzpatrick quienes, desde los años setenta, tomaron distancia de las visiones anticomunistas de la época de la guerra fría y comenzaron a estudiar, más allá de la fachada autoritaria del régimen, la historia social del mundo ruso y soviético ⑪. A la vez, numerosas «revisiones» aparecen también en Europa. Por ejemplo, en Italia, a comienzos de los años sesenta, en un debate historiográfico sobre el *Risorgimento*, donde el término «revisionismo» fue empleado para definir las tesis de Gramsci y de Salvemini respecto de los límites del proceso de unificación nacional dirigido por la monarquía piemontesa ⑫. Unos años más tarde, François Furet procede a la «revisión» de la interpretación jacobino-marxista de la Revolución francesa –una interpretación que este autor rebautiza como «vulgata populista-leninista»– y se orienta hacia una relectura liberal de la ruptura de 1789, con ayuda de Tocqueville y de Augustin Cochin, suscitando un vasto y polémico debate internacional ⑬. En el momento del bicentenario de la revolución, esta tesis antaño «revisionista», se impuso como la lectura dominante. La última «revisión» de peso es la de los «nuevos historiadores» israelíes. Rompiendo ciertos mitos tenaces, Benny Morris e Ilan Pappé presentaron el conflicto de 1948 en toda su complejidad, la de una guerra de autodefensa y de depuración étnica a la vez ⑭. Una guerra en la que el Estado hebreo que acababa de ser proclamado, al mismo tiempo que luchaba por su supervivencia, procedía a la expulsión de varios centenares de miles de palestinos de sus tierras. He aquí un ejemplo de «revisión» en las antípodas de cualquier visión apologética, que intenta, por el contrario, poner fin a un largo período de amnesia colectiva y de ocultamiento oficial del pasado.

Estas «revisiones» historiográficas obligan a introducir algunas precisiones metodológicas. La primera de ellas concierne al uso de las fuentes. Si el relato histórico es una reconstrucción de los acontecimientos del pasado –*wie es eigentlich gewesen*, según la fórmula canónica de Ranke, una definición indudablemente simplificadora pero no por eso falsa, ya que tiene el mérito de recordar el *zócalo factual* de cualquier interpretación histórica que, como subraya Carlo Ginzburg obliga al historiador a administrar pruebas ⑮–, si mantenemos, entonces, esta definición de la historia, se desprende de ella que ciertas «revisiones» se inscriben en su camino de manera natural. El descubrimiento de nuevas fuentes, la exploración de archivos, el enriquecimiento de testimonios, pueden alumbrar con una luz inédita acontecimientos que se creían perfectamente conocidos o de los que teníamos un conocimiento falaz. La revisión cuyo resultado fue la rebaja en el número de víctimas del sistema del Gulag en la URSS –estimado en 10 millones por Robert Conquest, luego reducido a un millón y medio por las investigaciones más recientes– ha sido consecuencia inevitable y necesaria del análisis escrupuloso de las fuentes y del acceso a una documentación esencial, antes inaccesible ⑯.

Pero junto a las «revisiones» vinculadas a la investigación de fuentes, hay otras que dan cuenta de un cambio de *paradigma interpretativo*, de una perspectiva epistemológica nueva. A veces, la introducción de un nuevo paradigma puede dar significación a fuentes antes ignoradas, como lo saben todos aquellos –o tal vez aquellas– que empezaron a elaborar una historia de las mujeres (forzosamente «revisionista» ya que implica un cambio de mirada, de los sujetos y de las fuentes en la forma de hacer la historia). La historia se escribe siempre en presente y el cuestionamiento que orienta nuestra exploración del pasado varía, se modifica según las épocas, las generaciones, las transformaciones de la sociedad

⑩ Gar Alperovicz, 1985. *Atomic Diplomacy, Hiroshima and Postdam*, Penguin Books, Nueva York (edición original 1965) y 1996, *The Decision to Use the Atomic Bomb*, Vintage Books, Nueva York.

⑪ Para una presentación de conjunto de los trabajos de esta escuela, cfr. Nicolas Werth, «Totalitarisme ou révisionisme? L'histoire soviétique, une histoire en chantier» en *Communisme*, 1996, n° 47-48, págs. 57-70. Entre los trabajos de síntesis de esta corriente historiográfica, cfr. Sheila Fitzpatrick, 1994. *The Russian Revolution*, Oxford University Press, Nueva York.

⑫ Ver Claudio Pavone, «Negazionismi, rimozioni, revisionismi: storia o politica?» en Enzo Colloni (ed.), 2000. *Fascismo e antifascismo. Rimozioni, revisioni, negazioni*, Laterza, Bari-Roma, págs. 34-35.

⑬ Ver principalmente François Furet, 1980. *Pensar la revolución francesa*. Ediciones Petrel, Barcelona. (Primera edición francesa, 1978). Para una reconstrucción de este debate, cfr. Steven L. Kaplan, 1993. *Adieu 89*, Fayard, París. Entre los críticos del revisionismo de Furet, cfr. Michel Vovelle, «Réflexions sur l'interprétation révisionniste de la Révolution française» en Michel Vovelle, 2001. *Combats pour la Révolution française*, La Découverte, París. Sobre la proyección internacional de este debate, cfr. Bruno Bongiovanni, «Rivoluzione borghese o rivoluzione del politico? Note sul revisionismo storiografico» en B. Bongiovanni, 1989. *Le replique della storia. Karl Marx tra la rivoluzione francese e la critica della politica*, Bollati Boringhieri, Turín, págs. 33-61; G. C. Comminel, 1987. *Rethinking the French Revolution. Marxism and the Revisionist Challenge*, Verso, Londres.

⑭ Para una reconstrucción de conjunto de este debate, cfr. Ilan Greilsammer, 1993. *La nouvelle histoire d'Israël*, Gallimard, París; Ilan Pappé, 2000. *La guerre de 1948 en Palestine*, La Fabrique, París.

⑮ Carlo Ginzburg, 2000. *Rapporti di forza. Storia, retorica, prova*. Feltrinelli, Milán.

⑯ Nicolas Werth, 1993. «Goulag: les vraies chiffres», *L'Histoire*, n° 169, pág. 142.

y los recorridos de la memoria colectiva. Si nuestra visión de la Revolución francesa o de la Revolución rusa ya no es la misma que la de hace 50 años o un siglo atrás, es evidente que esto no se debe sólo al descubrimiento de fuentes inéditas sino a una puesta en perspectiva histórica nueva, propia de nuestra época. No es difícil reconocer que la lectura romántica de la Revolución francesa propuesta por Michelet, la marxista de Soboul y la liberal de Furet pertenecen a contextos históricos, culturales y políticos diferentes. Esto no hace más que confirmar, en el fondo, la definición antaño propuesta por Kracauer del historiador como figura *extraterritorial*: un investigador siempre desgarrado entre el presente en el que vive y el pasado al que interroga ⑦.

Consideradas en esta acepción, las «revisiones» de la historia son legítimas y hasta necesarias. No obstante, ciertas revisiones –las que más a menudo se califican como «revisionismo»– implican *un viraje ético-político* en nuestra forma de mirar el pasado. Estas corresponden a lo que Jürgen Habermas denominó, en el momento del *Historikerstreit*, la emergencia de «tendencias apologéticas» en la historiografía ⑧. Utilizado en este sentido, el concepto de «revisionismo» adquiere, evidentemente, una connotación negativa. No es sorprendente constatar que ciertos historiadores acusados de «revisionismo» hayan intentado defenderse recordando que la «revisión» incumbe al camino del historiador y que, éste, por definición, siempre debería ser un «revisionista». En su correspondencia con François Furet, Ernst Nolte subraya que «las “revisiones” constituyen el pan cotidiano del trabajo científico» ⑨.

Ahora bien, es evidente que nadie ha reprochado a los historiadores «revisionistas» haber roturado archivos inexplorados o basar sus trabajos en una documentación nueva, sino, más bien la intención política subyacente a su relectura del pasado. Daré algunos ejemplos «clásicos», extraídos de la perfectamente conocida «querrela de los historiadores» que irrumpió en Alemania en 1986. En *Zweierlei Untergang*, Andreas Hillgruber sugería que, para comprender la fase final de la Segunda Guerra Mundial, el historiador debía identificarse con los esfuerzos «heroicos» de los soldados alemanes que defendían las fronteras orientales del Reich contra las «orgías vengadoras» del Ejército rojo, olvidando tranquilamente que estos «esfuerzos heroicos» permitieron que los campos de exterminio nazis funcionaran un año más, lo que costó la vida a centenares de miles de judíos, de gitanos y de prisioneros de guerra soviéticos ⑩. En su obra *La guerra civil europea*, Nolte presenta los crímenes nazis como la simple «copia» de una «barbarie asiática» introducida por el bolchevismo en 1917. Amenazada de aniquilamiento, Alemania habría reaccionado exterminando a los judíos, los constructores del régimen bolchevique cuyos crímenes constituían, a sus ojos, el «precedente lógico y factual» de los crímenes nazis ⑪. La ausencia total de distancia crítica respecto de sus fuentes –la literatura nazi de la época– que exhiben Hillgruber y Nolte plantea algunas perplejidades, como lo subrayaron perfectamente Hans-Ulrich Wehler y Omer Bartov ⑫. Pero el problema fundamental no está ligado a la manipulación de las fuentes. Es evidente que la historización del nazismo propuesta por Hillgruber y Nolte desemboca en una relectura del pasado en la que Alemania ya no ocupa la posición del opresor, sino la de la víctima y sus víctimas reales, en principio los judíos, son considerados, en el mejor de los casos, como «daños colaterales» y, en el peor, como la fuente del mal en tanto responsables de la revolución bolchevique ⑬.

En cuanto a Renzo De Felice, su investigación monumental sobre la Italia fascista produjo numerosas «revisiones» que hoy son adquisiciones historiográficas compartidas como,

⑦ Siegfried Kracauer, 1995. *History. The Last Things Before the Last*, Markus Wiener Publishers, Princeton, N. J. (edición original 1969).

⑧ Jürgen Habermas, 1987. «Eine Art Schadensabwicklung. Die apologetischen Tendenzen in der deutschen Zeitgeschichtsschreibung», *Historikerstreit*, Piper; Munich, págs. 62-76 (traducción francesa en *Devant l'Histoire*, Cerf, París, 1990).

⑨ François Furet, Ernst Nolte, 1998. *Fascisme et communisme*, Plon, París, págs. 88-89. Ver edición española.

⑩ Andreas Hillgruber, 1986. *Zweierlei Untergang*, Siedler; Berlin, págs. 24-25.

⑪ Ernst Nolte, «Vergangenheit, die nicht vergehen will», *Historikerstreit*, op. cit., págs. 39-47, y *La guerre civile européenne 1917-1945*, Editions des Syrtes, París, 2000.

⑫ Hans-Ulrich Wehler, 1988. *Entsorgung der deutschen Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum «Historikerstreit»*, Beck, München, y sobre Hillgruber, Omer Bartov, 1999. *L'Armée d'Hitler*, Hachette, París, págs. 202-206.

⑬ Saul Friedländer, «A Conflict of Memories? The New German Debates about the «Final Solution»», in S. Friedländer, 1993. *History, Memory, and the Extermination of the Jews of Europe*, Indiana University Press, Bloomington, págs. 33-34.

por ejemplo, el reconocimiento de la dimensión «revolucionaria» del primer fascismo, de su carácter modernizador o, hasta el «consenso» suscitado por el régimen de Mussolini en el seno de la sociedad italiana, especialmente en el momento de la guerra de Etiopía 24. Mucho más discutible, en cambio, es su visión de la guerra civil italiana entre 1943 y 1945 como la consecuencia de la elección antinacional de una minoría de resistentes, en su mayoría comunistas. Y además, su visión de Mussolini como un «patriota» que, fundando la República de Saló, eligió sacrificarse con el fin de ahorrarle a Italia un destino comparable al de Polonia. Es difícilmente discutible que se trata, una vez más, de una relectura apologética del fascismo fundada en una criminalización de la Resistencia y en la rehabilitación de Mussolini. Si agregamos que estas tesis son desarrolladas en un libro –*Rojo y negro* 25– cuya publicación coincide con el advenimiento del primer gobierno Berlusconi, insertando por primera vez desde el fin de la guerra un partido «post-fascista», heredero de la República de Saló, esta revisión histórica aparece como el soporte intelectual de un proyecto político restaurador. Estaríamos casi tentados de oponer la revisión histórica francesa a la italiana. En Francia, en el surco de Zeev Sternhell y de Robert Paxton, los historiadores procedieron a una «revisión» que permitió reconocer las raíces autóctonas del régimen de Vichy, su carácter autoritario, hasta fascista, su parte activa en la colaboración y su complicidad en el genocidio de los judíos 26; en Italia, en cambio, bajo el estímulo del último De Felice, apareció una nueva tendencia historiográfica que hace de la rehabilitación del fascismo su objetivo explícitamente reivindicado. Es evidente que las revisiones que acabo de mencionar –cualquiera sea su intención y su valor– superan las fronteras de la historiografía en tanto disciplina científica –con sus coloquios, sus institutos de investigación y sus revistas– para tocar un terreno más vasto, el que Habermas definió con una fórmula penetrante, *el uso público de la historia* 27. Dicho de otro modo, estas revisiones vuelven a poner en cuestión, más allá de la interpretación dominante, una consciencia histórica compartida, una responsabilidad colectiva respecto del pasado. Se refieren siempre a acontecimientos fundadores –la Revolución francesa, la Revolución rusa, el fascismo, el nazismo, la guerra árabe-israelí de 1948, etc.– y su relectura de la historia concierne, mucho más allá de la interpretación de una época, a nuestra forma de ver el mundo en el que vivimos y a nuestra identidad en el presente. Hay, entonces, revisiones de naturaleza diferente. Desde mi punto de vista, algunas son fecundas, otras discutibles, otras, en fin, profundamente nefastas. Fecunda, la revisión de los «nuevos historiadores» israelíes que reconoce una injusticia antes negada, recoge la memoria palestina y sienta las bases para un diálogo entre israelíes y palestinos. Discutible, la revisión de Furet que termina, en *El pasado de una ilusión*, con una puesta en cuestión radical de toda la tradición revolucionaria –la fuente, según él, de los totalitarismos modernos– y con una apología melancólica del liberalismo como horizonte insuperable de la historia 28. Nefastas, finalmente, las revisiones de Nolte y De Felice que apuntan a reparar la imagen del fascismo y del nazismo.

Si bien es indudable que determinadas revisiones de la historia deben ser combatidas, podemos preguntarnos sobre la utilidad de catalogarlas en una misma categoría negativa –el «revisiónismo»– que recuerda el «infierno» en donde se clasificaba, en otra época, la literatura pornográfica en la Biblioteca Nacional. Transformada en combate «antirrevisiónista», la crítica de las tesis de Nolte y De Felice corre peligro de conocer un rumbo análogo al de la controversia marxista sobre el revisionismo evocada más arriba, es decir, el pasaje de un debate de ideas a una práctica inquisitorial que se traduzca en la excomunión

24 Para una visión de conjunto de la obra de R. De Felice en la historiografía italiana del fascismo, cfr. Gianpasquale Santomassimo, «Il ruolo di Renzo De Felice», in E. Collotti (ed.), *Fascismo e antifascismo*, op. cit., págs. 415-429.

25 Renzo De Felice, 1996. *Rojo y negro*, Ariel Historia, Barcelona.

26 Ver especialmente, Robert J. Paxton, 1997. *La France de Vichy*, Editions du Seuil, París, (edición original, 1975).

27 J. Habermas, «De l'usage public de l'histoire», en J. Habermas, 1990. *Ecrits politiques*, Cerf, París, págs. 247-260.

28 François Furet, *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, 1995. Fondo de Cultura Económica, México. Retomo esta crítica de Daniel Bensaïd, 1999. *Qui est le juge? Pour en finir avec le Tribunal de l'Histoire*, Fayard, París, pág. 166.

de todos aquéllos que se alejen de una ortodoxia prefijada, de un canon normativo. Con otras palabras, hablar de «revisiónismo» nos conduce, siempre, a una historia teologizada. El antifascismo transformado en ideología de Estado en los países del bloque soviético, especialmente en la RDA, a largo plazo ha dado resultados desastrosos, comprometiendo, finalmente, su propia legitimidad. Sin alcanzar las mismas proporciones, la retórica antifascista que rigió en Italia durante cuarenta años –una retórica de consenso detrás de la que, no obstante, se encontraba el impacto fortísimo de la Resistencia sobre la sociedad civil– también tuvo consecuencias desastrosas, como la de hacer pesar sobre la investigación histórica tensiones a menudo paralizantes. La obra de Claudio Pavone –historiador de izquierda y antiguo resistente– que interpreta la Resistencia no sólo como una lucha de liberación nacional sino también como una guerra de clase y, sobre todo, como una *guerra civil* es apenas de 1990 ②. En síntesis, el antifascismo institucionalizado y transformado en epopeya nacional no se reveló un antídoto eficaz contra la rehabilitación del fascismo. Habría que evitar que algo análogo se produzca en relación a la Shoah, desde entonces convertida, según Peter Novick, en una «religión civil» de Occidente, con las consecuencias positivas y también los peligros que eso acarrea ③.

Las tendencias apologéticas en la historiografía del fascismo y del nazismo deben ser combatidas pero no oponiéndoles una visión normativa de la historia. Es por esto que las leyes contra el negacionismo pueden volverse peligrosas. Si el negacionismo debe ser denunciado y aislado en todas sus formas –el de Robert Faurisson como el de David Irving y también el de Bernard Lewis ④– muchos historiadores, como yo, hemos planteado dudas en cuanto a la oportunidad de sancionarlo por ley, instituyendo, así, una verdad histórica oficial protegida por los tribunales, con el efecto perverso de transformar a los asesinos de la memoria en víctimas de la censura y en defensores de la libertad de expresión. La contrapartida del «revisiónismo» es una historia *oficial*. En este sentido, Krzysztof Pomian tiene razón cuando afirma que no debería haber historiadores oficiales ni historiadores revisionistas sino, exclusivamente, historiadores críticos ⑤. «Revisiónismo» es una palabra heredada de un siglo en el que el compromiso de los intelectuales pasaba por su encuadramiento ideológico y partisano. Pudo creerse, en el pasado, que el mejor medio para defender valores consistía en adoptar un ropaje ideológico. Demasiado frecuentemente, el precio de esta elección consistió en la renuncia del intelectual a su función crítica. Hoy, esto no tiene más razón de ser. Introducida en el lenguaje y desde entonces de uso corriente en la polémica, la noción de «revisiónismo» sigue siendo muy problemática y, muchas veces, nefasta. Propongo utilizarla sólo para designar una controversia fechada, la que suscitó Bernstein hace más de un siglo.

■ Traducción de Ana M. Barletta

② Claudio Pavone, 1990. *Una guerra civile. Saggio sulla moralità della Resistenza*, Bollati Boringhieri, Turín.

③ Peter Novick, 1999. *The Holocaust in American Life*, Houghton Mifflin, Nueva York, págs. 199-201 (traducción francesa *L'holocauste dans la vie américaine*, Gallimard, París, 2001).

④ En relación a Irving, cfr. Richard J. Evans, *Telling Lies about Hitler. The Holocaust, History and the David Irving Trial*, 2002, Verso, Londres; para Bernard J. Lewis, quien considera al genocidio armenio como «una visión armenia de la historia» cfr. Yves Ternon, 1994. «Lettre ouverte à Bernard Lewis et à quelques autres», en Leslie A. Davis, *La province de la mort. Archives américaines concernant le génocide des Arméniens*, Complexe, Bruselas, págs. 9-26.

⑤ Krzysztof Pomian, 2002 «Storia ufficiale, storia revisionista, storia critica», en *Mappe del Novecento*, Bruno Mondadori, Milán, págs. 143-150.

